

baketik

Revista de ideas éticas del Centro por la paz de Arantzazu

4 Julio de 2008
2€

El papel de la sociedad y los movimientos sociales en la construcción de la paz

11 y 12 de abril de 2008

Monográfico sobre las II Jornadas sobre
prioridades éticas de nuestro tiempo



Instituciones colaboradoras



Gipuzkoako Foru Aldundia
Euzko Legebiltzaria
Euzko Legebiltzaria
Departamentu de Unibertsitate eta Heziketa



Baketik 4
Edita: Baketik (Gandiaga Topagunea - Arantzazu - 20567 Oñati)
Impresión: Antza (Industrialdea 2. pab. - 20160 Lasarte)
Depósito Legal:
julio de 2008

El pasado 11 y 12 de abril se celebró en Arantzazu la segunda edición de las jornadas de reflexión sobre prioridades éticas de nuestro tiempo. Vista la buena experiencia del año pasado, se planteó el programa con la misma metodología: cuatro sesiones a puerta cerrada a la que estaban invitados los componentes del Comité Asesor y del Consejo Rector de Baketik y otros amigos/as y colaboradores/as de este Centro por la paz, un breve contacto con los medios de comunicación y una mesa redonda abierta al público. La meteorología se presentaba favorable, buen contrapunto con respecto a las nevadas del año pasado.

El punto de partida para plantear la reflexión era el siguiente: «las últimas décadas los movimientos sociales y la sociedad han jugado un papel destacado en la búsqueda de la paz y de la normalización de la convivencia. Sin embargo, durante los últimos años, el impacto de ese trabajo se ha visto reducido o invisibilizado. La voz crítica de la sociedad ha desaparecido del escenario. Conviene diagnosticar sus causas, consecuencias y alternativas, así como valorar el papel que hoy y en el futuro pueden jugar los movimientos sociales y la propia sociedad».

Se planteaban tres ejes para provocar el debate y la reflexión, cada uno con sus respectivos ponentes, y Mariano Ferrer como moderador:

Sociedad. ¿Cuál es hoy el papel de la sociedad en la búsqueda de la paz? ¿En el siglo XXI hay que pensar nuevas formas de participación ciudadana?

Movimientos sociales. ¿Cuál es hoy el papel de los movimientos sociales? ¿Por qué no terminan de implantarse sus propuestas respaldadas mayoritariamente?

Acuerdo. ¿Es posible un gran acuerdo social por la paz? ¿Cómo articularlo, en su caso, sobre qué bases y planes de actuación?

A lo largo de la mañana fueron llegando los invitados a las oficinas de Baketik y a las 13.00 h se sirvió la comida en el comedor de Asis Topagunea. Había un mala noticia, el ponente de la primera sesión dedicada al primer eje, Daniel Innerarity, no iba a poder asistir.

Una vez roto el hielo en la comida, el grupo se reunió en la sala Oiza de Gandiaga Topagunea a las 15.00 h para dar comienzo a la primera sesión. Ante la ausencia del ponente, el moderador realizó un breve resumen de la ponencia sobre el papel de la sociedad y los participantes plantearon sus opiniones y dudas sobre el texto.

A las 16.15 h se dio paso a la segunda sesión de la mano de Mario Zubiaga, encargado de desarrollar el segundo eje sobre el papel de los movimientos sociales y que permitió una amplia participación. Después de un descanso entre las 17.30 y las 18.00 h comenzó la sesión con Itziar Aspuru, Paul Ríos y Gemma Zabaleta como ponentes. Se compartieron impresiones y actitudes y un amplio debate en cuanto a prioridades que se alargó hasta las 20.00 h, para ir a cenar a las 20.30 h.

El sábado por la mañana, entre las 9.00 y 10.30 h se identificaron los puntos de consenso y disenso.

La mesa redonda que dio comienzo a las 11.30 h fue muy concurrida, con un aforo en torno a las 150 personas. Los asistentes aprovecharon la ocasión para presentar sus puntos de vista, así como para pedir aclaraciones a los ponentes sobre sus comunicaciones. La sesión finalizó a las 13.00 h con lo que se dio fin a las jornadas.

Las siguientes páginas recogen las comunicaciones de los ponentes y las conclusiones extraídas por Baketik.

¿Los movimientos sociales en

Daniel Innerarity

No está muy bien visto ponerle objeciones a la participación ciudadana o limitar el significado de los movimientos sociales, ni mostrar alguna reserva que pueda acotar su espacio de actuación. Se hace uno así sospechoso de querer ponerle puertas al campo de la sociedad autónoma, al libre movimiento de lo social. Si al mismo tiempo se hace una defensa de la política y la democracia representativa, entonces deja ya de ser un sospechoso y es clasificado definitivamente como un culpable confeso. Lo políticamente correcto es llamar a la participación, pensar que la sociedad es mejor que sus representantes y adular a los movimientos sociales. ¿A qué se debe tanta concentración de gente en torno a unos tópicos cuya revisión le hace a uno inmediatamente acusable de elitismo democrático? Pues probablemente al hecho de que se ha convertido en un lugar común la idea de que la política se hace tan mal que cualquier otra cosa debería ser necesariamente mejor.

Se ha hablado mucho de que las sociedades contemporáneas han efectuado una transferencia de sacralidad desde las religiones establecidas hacia los proyectos políticos. Podría completarse este cuadro advirtiendo que después de la transferencia de sacralidad desde las religiones hacia la política ha venido una época en la que lo sacralizado han sido las formas no convencionales de la política, lo que podríamos llamar la «alter-política». No deja de resultar curioso este deslizamiento de las expectativas sociales en virtud del cual lo que hemos dejado de esperar de la política convencional creemos poder alcanzarlo a través de formas alternativas de la política, reactivando unas energías puras que, al parecer, estaban intactas en la esfera de la sociedad despolitizada, llámese esta sociedad civil, ciudadanía activa, movimientos sociales o «contra-democracia», por utilizar el término acuñado por Pierre Rosanvallon.

En mi opinión, quienes esperan de la no-política lo mismo que antes esperaron de la política demuestran no haber entendido las transformaciones sociales que se han



producido. Vivimos en una sociedad que podemos denominar postheroica, en la que encuentran cada vez menos eco los llamamientos épicos y las mentalidades de resistencia. Si la política ya no es lo que era, tampoco lo es la no-política. Tampoco en las formas alternativas de política (participación, protesta, movimientos sociales...) encontraremos ya el heroísmo que se ha desvanecido en la política institucional. El «alter-heroísmo» es un asilo

nostálgico para los decepcionados por la política realmente existente pero, como toda forma de nostalgia, algo residual. Si queremos comprender y actuar en una sociedad que ya no se articula en torno al heroísmo, que ya no entiende esa semántica, no tenemos otra salida que revisar nuestra idea de normalidad y excepción política.

Mi defensa de la democracia representativa está llena de matices y no es ciega ante la crisis de nuestra cultura política. Por supuesto que hay más formas y cauces de expresión, e incluso modalidades de acción política, que los institucionales. La política se hace de muchas formas, también comprando, protestando, recurriendo a los tribunales o simplemente mediante la indiferencia o el desafecto. Junto a la política que podríamos llamar «oficial» discurre todo un magma de procesos que condicionan el mundo institucional. A las tensiones que se siguen de esta coexistencia les debemos, entre otras cosas provechosas, que el sistema político se enriquezca, corrija o amplíe su cortedad de vista. No podemos confiar los avances políticos únicamente a la competencia de sus profesionales. Una buena parte de los progresos que la política ha realizado tuvieron su origen en causas exógenas: seguramente la mayoría de las conquistas sociales o la conciencia ecoló-

el paro?



gica, por ejemplo, no fueron ocurrencias de los políticos sino el resultado de presiones sociales muy concretas. En la sociedad hay una energía que el sistema político requiere para ejercer su función, unos recursos de los que no dispone soberanamente y que a veces incomodan e incluso subvierten el orden establecido, pero que siempre condicionan el ejercicio de ese poder establecido.

Los movimientos y las iniciativas sociales que comparecen en el seno o en los márgenes de toda democracia establecida sirven para tareas tan diversas y tan poco prescindibles como, por ejemplo, la vigilancia en orden a impedir que determinados asuntos sean sustraídos de la mirada pública, como es el caso de los conflictos internacionales, que no queremos sean manejados desde la oscuridad diplomática o al margen de procesos de pública discusión; llaman la atención sobre lo excluido y muestran, con su denuncia, aspectos incómodos de la realidad; también contribuyen a revisar la agenda política, en la que introducen temas nuevos y prioridades diferentes, enriqueciendo así el elenco de las cosas que deben ser atendidas por el poder institucional. En Euskadi, por ejemplo, ni el reconocimiento de las víctimas, ni las reflexiones en torno al acuerdo político serían lo que son de no haber mediado el

trabajo de Gesto o Elkarrri. Sólo por esto, utilizando la manida expresión de Voltaire, si no existieran habría que inventarlos. Por eso las democracias avanzadas han desarrollado toda una reflexión conceptual y una rica experiencia práctica en orden a proporcionar cauces de expresión ciudadana, sistemas de información y comunicación, espacios de deliberación e iniciativas de participación, procedimientos todos ellos que intentan aprovechar las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías.

Ahora bien, quien tiene un buen instrumento en sus manos debe saber tanto para qué sirve como para qué no sirve, de manera que interprete bien sus éxitos y no los malogre pensando que son trasladables a otros ámbitos para los que no es tan competente. ¿Cuáles son esas limitaciones en el caso concreto de la movilización ciudadana? De entrada, la mayor parte de los movimientos sociales forman parte de esa dinámica que no se aglutina tanto en torno a proyectos como contra algo; suelen ser de protesta o de resistencia y con estos materiales se hace precisamente eso, protestar o resistir, lo que en ocasiones es una tarea encomiable, pero nada que se parezca a una proyección en positivo. También suelen caracterizarse estas iniciativas sociales porque se inscriben en esa tendencia



creciente, tal vez como consecuencia de la llamada crisis de las ideologías, a focalizarse en un solo tema: en torno a algún género de víctimas, por la paz, en favor de las mujeres, para defender la naturaleza, e incluso coaliciones de cazadores o automovilistas. Su fuerza se debe a esa concentración puntual, pero también reside ahí su debilidad manifiesta, ya que toda acción social organizada termina requiriendo una coherencia de la que esas agrupaciones casuales carecen.

No deberíamos olvidar tampoco que el mundo de los movimientos sociales es tan plural como la misma sociedad y que de las energías sociales cabe esperar una cosa y su contraria, avances y retrocesos, que los hay de derechas y de izquierdas. Hay quien invoca la participación de la sociedad y está pensando únicamente en aquella fuerza que le conviene. Pero en la sociedad hay de todo, como es lógico. Son movimientos sociales Lokarri y Gesto, pero también la AVT y la Iglesia, los lobbies y las coordinadoras, las asociaciones de consumidores y las plataformas de oposición al TAV. La expectativa de superar el marco de la democracia representativa cuenta con partidarios en ambos lados del espectro político: lo que los movimientos sociales de los 60 representaron en el imaginario de la izquierda se encuentra igualmente en la apelación neoliberal a la sociedad civil en los 90. Se trata de una coincidencia que debería, al menos, hacernos pensar.

Los movimientos sociales, si quieren ser eficaces, han de reconocer sus propias limitaciones, su verdadero alcance, no traicionar su especificidad. Lo que sirve para algo no sirve para todo y no hay mejor manera de arruinar algo provechoso que utilizarlo para cualquier cosa: pretender que un partido, un club de fútbol o una comunidad de vecinos sean también una familia, por ejemplo, o... que un movimiento social sea la salvación del sistema político. Los movimientos sociales, la participación ciuda-

dana no convencional o al margen de los partidos tienen una gran función que malograrían si pretendieran sustituir a la democracia representativa. Esta democracia representativa necesita muchas correcciones pero no tiene todavía un candidato para sustituirla. En el fondo del entusiasmo por las formas alternativas de acción social (que aquí, en Euskadi, se traduce en nuestra propensión hacia las mesas y las coaliciones como herederas de las instituciones y los partidos) lo que hay, a mi juicio, es un intento de huir de la lógica política, es decir, de la acción plural y el compromiso, el sueño de una sociedad en la que fueran superadas definitivamente las limitaciones de nuestra condición política.

La mejor garantía de nuestra libertad se encuentra precisamente en esa condición que no despierta grandes pasiones ni promete en exceso, en el equilibrio de las posiciones contrarias y en la tensión entre representación y participación. No hay acción política coherente, estable, articulada, eficaz, responsable fuera de la representación política. Seguramente hay poco de esto en los actuales partidos políticos y en nuestras prácticas institucionales, pero menos aún fuera de ellos. Por eso también a los partidos habría que inventarlos... y renovarlos con algunas de las energías que bullen en los movimientos sociales.

¿Qué consecuencias tiene todo esto para el caso concreto de los movimientos sociales en Euskadi y particularmente de los que han batallado a favor de la paz? Pienso que sus actuales dificultades responden al hecho de que nuestra sociedad se ha desheroizado, es decir, no se moviliza tan fácilmente salvo cuando ocurre algo traumático; en esos momentos de movilización puntual, la sociedad señala nuevamente los límites de lo inaceptable. Ojalá no tuvieran que demostrar nunca más su capacidad de convocatoria. Tales movilizaciones tienen un significado



más ético que político. Pero la sociedad vasca no está en condiciones de hacer un trabajo de concreción del acuerdo político que, en la lógica de la democracia representativa, corresponde a las instituciones y los partidos. Por eso, no tiene mucho sentido lamentar la desmovilización porque ésta es lógica y tiene un significado político que hay que saber interpretar. En una sociedad democráticamente madura la gente no está dispuesta a hacer los deberes de otros y el hartazgo o la movilización escasa y ocasional significa que está esperando de los agentes representativos un esfuerzo a favor del acuerdo.

El supuesto debilitamiento de los movimientos pacifistas responde, no lo perdamos de vista, a su éxito, a su enorme éxito. A ellos les debemos algunas conquistas irreversibles como el reconocimiento de las víctimas, el rechazo social a la tortura o el hito de reflexión compartida que supusieron las conversaciones de Egin. Su éxito consiste en que la pelota ya no está en su tejado y, tal vez, su función actual consiste en impulsar para que los partidos alcancen un gran acuerdo social integrador.

Hay una canción de Jabier Muguruza titulada «Berritzea, horixe» que cuenta una historia banal pero de gran fuerza poética. Un hombre decide, después de muchas vacilaciones, hacer lo que tenía que haber hecho mucho antes: comprarse un jersey que sustituya al viejo que tiene. Finalmente se decide por lo que, en el fondo sabía que debía hacer, algo que era tan evidente que no terminaba de percibir. Y su mujer aprueba con una sonrisa esa renovación. Lo que estaba buscando, la noticia esperada, la novedad deseada, era algo tan sencillo como eso. ¿Cuál es nuestro «jersey» como sociedad, aquello que sabemos que debemos hacer y no queremos acometer, enredados en mil disculpas? Un acuerdo amplio e integrador que sustituya las viejas tácticas para conseguir que un día la aritmética parlamentaria nos dé la razón. Hay mil disculpas

para no hacer lo que se tiene que hacer: que si unos vetan, que si la persistencia del terrorismo impone una moratoria política... La sociedad vasca tiene derecho a percibir con claridad quién no quiere el acuerdo. Y estoy seguro de que los electores repartirán en consecuencia los correspondientes premios y castigos.

Propuestas de reflexión para revitalizar los movimientos sociales

1. Ser consciente de que nadie tiene garantizada su continuidad y menos un movimiento social. Aceptar incluso como hipótesis la posibilidad de ser mortal.
2. Identificar bien las propias capacidades para no confundirlas con las actuaciones coyunturales y resistir la presión de convertirse en algo más que un movimiento social.
3. Saber que lo que un día fue innovador puede convertirse en un rito, en un lugar común, y que tal vez eso mismo sea señal de éxito y no de fracaso.
4. Autolimitarse en otras cuestiones para las que no se es especialmente competente y examinar si ha habido actuaciones «invasivas» que debilitan el núcleo movilizador.
5. Preguntarse si se dispone de capacidad de reflexión sobre uno mismo y el entorno social en el que se actúa, de análisis de los cambios sociales e instrumentos para la modificación de los propios puntos de vista y actuaciones, si fuera necesario.
6. En el caso de que haya que modificar algo, saber si lo que debe ser modificado son los procedimientos de movilización o el contenido.

Sobre derrotas victoriosas

Mario Zubiaga

Necesitamos un verdadero acercamiento ético a la paz y la reconciliación. Un acercamiento que no busque convertir o arrinconar a parte de nuestra sociedad, un acercamiento que permita expresar lo que la mayoría de este país razonablemente desea, sin vulnerar la posibilidad de que otras mayorías futuras puedan también articularse y llevar a la práctica sus no menos razonables deseos. Un acercamiento, en fin, que entienda la paz y la reconciliación como reformulación provisional del antagonismo hacia formas agonísticas, no bélicas. Formulaciones siempre reversibles, en la medida humana.

Esta reformulación sólo puede llegar de la mano de la participación activa de los sectores sociales que comparten ese espacio de lo razonable: ¿qué obstáculo razonable se puede poner a que las mayorías políticas articuladas en cada momento puedan convertir en realidad su proyecto político? Como dijo Maquiavelo: «los deseos de los pueblos libres rara vez son dañosos para la libertad, porque nacen, o de sentirse oprimidos, o de sospechar que pueden llegar a estarlo». En este sentido, nuestro acercamiento ético parte del republicanismo cívico, parte de una posición a favor de la ciudadanía activa y el compromiso colectivo: la movilización de la sociedad civil, de sus actores colectivos, de la ciudadanía, es una valor a promover, pues esa participación activa es la mejor garantía de la libertad política. Una participación individual y colectiva que encuentra su mejor expresión en los movimientos sociales.

Por tanto, la desmovilización social y, concretamente, la creciente encapsulación de un conflicto que continúa generando sufrimiento es un problema muy grave. Vivimos en la paradoja de la inflación encapsulada. La sociedad vasca no directamente concernida por el conflicto se vuelve crecientemente insensible a una vulneración de derechos y un sufrimiento que, no obstante, es expansivo, creciente. La inflacionaria lista de víctimas, de presos, de perseguidos –por la violencia extrasistémica o la sistémica– por razones estrictamente ideológicas cada vez está más encapsulada por la apatía y el hastío social. La encapsulación tiene muros de cristal espejado y traslúcido: atisbamos a los que padecen persecución o injusticias, de un tipo u otro, incluso llegamos a compadecernos, pero,



sobre todo, tendemos a mirarnos a nosotros mismos, satisfechos de no estar en tal tesitura. El compromiso social, la inclinación hacia lo colectivo, no tienen el tirón de antaño.

¿Cuáles son las razones de la desmovilización? Partimos de la desazón contemporánea por la contradicción entre el estado organizativo y movilizador –minoritario– de los movimientos sociales, y el eco discursivo –mayoritario– de sus propuestas que, no obstante, son muchas veces políticamente irrelevantes. Una situación paradójica que reclama alguna explicación, siquiera tentativa. Tres razones:

1. Grandes ciclos de (des)movilización universales. Como afirma K.W. Brand, los movimientos sociales pueden entenderse como respuestas cíclicas a las inestabilidades de la modernización. Como tales, están sujetos a procesos sociales cíclicos de individualismo y solidaridad. Hoy domina el momento individualista. Además, la modernización reflexiva de la que nos habla Beck nos haría abandonar antiguos frentes de movilización, los de la modernidad simple –nación, clase...– sin que los nuevos frentes aparecieran suficientemente claros, todavía. Es discutible. En todo caso, estas razones globales trascienden nuestro espacio de acción política y, aunque nos colocan en el tiempo, en el espíritu de este momento, quizás nos arrastran a la pasividad, a la resignación histórica. No en vano, aunque el mundo de hoy puede que sea así, ¿debería ser así?

2. Fin del ciclo de protesta vasco. Acercándonos a nuestro contexto, podríamos decir que el ciclo de protesta abierto en los sesenta del pasado siglo parece estar agotando su combustible social. En esta ya post-Euskal Herria, la contraposición histórica de legitimidades –que no de identidades, necesariamente–, de proyectos hegemónicos para el país, no se percibe socialmente como dilema fundamental, y por tanto no polariza lo suficiente

como para activar el compromiso movilizador, tanto el relacionado directa o indirectamente con el conflicto, como otros colaterales.

3. Cierre de ciclos de movilización/democratización sectoriales. No obstante, sin negar estas razones universales o particulares, nos parece más relevante –porque no abjura de la agencia social concreta– atender a las razones derivadas de la naturaleza intrínseca de los movimientos sociales.

¿Cuál es esa naturaleza? Partimos de una definición clásica, la de Charles Tilly: los movimientos sociales son interacciones contenciosas en las que están en juego el reparto, el contenido o el ejercicio del poder. Esas interacciones se manifiestan como *contienda contenida* –con desafiador reconocido y bajo formas regladas– y *contienda transgresiva*, desafiador no reconocido e innovador en la formas. Los movimientos sociales son actores modernos que florecen en la herida siempre abierta entre el principio liberal y el democrático, en el cierre imposible de lo social. Privilegiando ya el momento democrático, ya el liberal. Los movimientos sociales saben/intuyen que la reconciliación –ese cierre social– es imposible, pero al tiempo luchan como si lo fuera: no son cínicos, pero tampoco ilusos. Son agentes contenciosos, pues la movilización es un proceso contencioso, pero ¿conscientemente? autolimitado.

Si lo suyo es moverse, ¿cómo se mueven los movimientos sociales? Conforme a tres paradigmas de acción colectiva: se mueven al tiempo por la emoción o la política de identidad, por la razón o la política de poder, por lo razonable o la política de influencia. Los tres paradigmas juegan en la acción colectiva, pero no todos suelen tener el mismo peso en cada momento o circunstancia. El equilibrio y la evolución de los paradigmas es la clave que explica la movilización. Así, aunque estamos hablando de una desmovilización general de (casi) todos los movimientos sociales vascos, siendo los paradigmas dominantes en cada caso distintos, el diagnóstico debiera ser también diverso:

1. La familia de movimientos sociales nucleada conforme a un determinado paradigma de poder/protesta vigente durante los últimos 40 años, con una articulación hegemónica alternativa, vanguardista y transgresiva que combina medios convencionales (voto/violencia) con no convencionales, muestra síntomas de agotamiento. Ésa es la razón fundamental por la que el ciclo de protesta vasco, en sus parámetros históricos, parece llegar a su fin. La «razón alternativa» planteada en los actuales parámetros de polarización –el binomio violento/demócrata ha desplazado a otros binomios posibles– y con los modos de protesta tradicionales no permite alimentar un ciclo de protesta que se apaga.

2. La mayoría de los movimientos sociales autónomos o periféricos al eje anterior y activados por él –euskera, feminista, ecologista...– han pasado de un paradigma de poder a otro de influencia, en la medida en que los actores principales han sido reconocidos y algunas de sus propuestas asumidas. Específicamente el movimiento pacifista ha

pasado de un (débil) paradigma de poder basado en «otra» forma de entender el conflicto frente al dominante hasta los años 90, a un paradigma de influencia que le convierte en una parte más que busca influir en la política, pero no ser «el lugar» de la política. Esa parcialización ha traído consigo un debilitamiento del paradigma de identidad, de esa emoción colectiva que conduce a la movilización. Un proceso de cambio de paradigma –del poder a la influencia– que es, propiamente, el corolario del proceso democratizador, de integración sistémica de sus demandas. Así, los movimientos sociales mueren de éxito, languidecen porque partiendo del paradigma del poder y la protesta se han convertido en grupos de interés cuya única vía de presión –la movilización– se ha agotado en ese mismo proceso de conversión. Por eso decimos que la desmovilización actual del ecologismo, del feminismo, del pacifismo, del movimiento por el euskera... es síntoma de un siempre limitado éxito. Y a partir de ahí, sin la protesta, sólo queda la razonable política de influencia, la rutinaria, aburrida y desmovilizada (y a veces cooptada) política de influencia.

¿Cabe abrir un nuevo ciclo de movilización? ¿En qué parámetros y sectores? La *contienda transgresiva* –paradigma de poder– histórica se ha revelado incapaz de articular espacios sociales amplios, y la *contienda contenida* de unos movimientos convertidos en grupos de interés no ilusiona por ser excesivamente vicaria de los partidos e instituciones. Pero el motor social no se para nunca. No sabemos cómo y dónde se pondrá en marcha, aunque creemos saber en qué condiciones. La (re)movilización –hacia la constante profundización democrática– depende de la apertura de un ciclo de movilización sustentado en un nuevo paradigma de poder, distinto al vigente. Una articulación hegemónica alternativa que conecte espacios sociales desconectados/desmovilizados y plantee una alternativa social y política innovadora. Pues, la movilización, que es siempre una actividad heroica colectiva, se basa precisamente en el desafío a los gobernantes en nombre de una legitimidad social alternativa, expresada en manifestaciones innovadoras de dignidad, de unidad, de número y de compromiso (Tilly). Así, para la movilización, condiciones necesarias aunque no suficientes son la correduría social amplia, la polarización según dicotomías no cerradas y la innovación en los repertorios de acción y de discurso. De las tres cosas andamos escasos en estos tiempos de zozobra.

Ese planteamiento removilizador es imprescindible en el ámbito soberanista pero, en lo que nos ocupa ahora, en lo que respecta al pacifismo, la confluencia del acercamiento procedimental –diálogo–, político –contenidos de Loiola– y ético, oposición a toda vulneración de derechos, debiera dar lugar a una polarización entre los que deseamos un acuerdo razonable que permita una relectura común del conflicto y los que se oponen a tal cosa. Una polarización dotada de discursos y prácticas sociales innovadores que nos devuelvan, si cabe, al menos, la ilusión suficiente para movilizarnos, sabiendo que para los movimientos sociales derrota y victoria son dos caras de la misma moneda, la de la virtud política.

Los movimientos sociales ant

Gemma Zabaleta, Ahotsak

1. Quiero comenzar esta intervención confesando mi condición de persona no experta en los movimientos sociales, su fenomenología y actuación. Modestamente pertenezco a esa categoría de vascos, que ha creído necesario hacer algo más que pertenecer a un partido político a la hora de intentar aportar algo para ver el fin de una violencia que dura más que lo que duró la dictadura franquista.

Y lo he hecho desde un triple presupuesto:

- Mi condición femenina.
- La utilización del diálogo como método para conocer la parte de verdad de los demás.
- La de poner en práctica una estrategia para el consenso basada en la búsqueda de aquello que se comparte y no lo que nos divide y desune.

Bajo el sueño de que un ejército de ciudadanas pacíficas, de distintas sensibilidades y/o adscripciones puedan compartir una misma causa, la de la paz, una misma estrategia, sólo pacífica siendo más fuerte que aquella que, desde distintos ámbitos trabaja en la perpetuación de la violencia.

2. Consciente del papel relevante que los movimientos sociales desempeñan en la sociedad. Una sociedad que percibe extraordinariamente la realidad y que juega un papel crucial en una actividad política cada vez más demoscópica. Una sociedad que quita o pone Gobiernos, que condiciona las estrategias políticas y que, en un momento dado, puede y debe hacer llegar su voz a todos aquellos interesados en escucharla.

Una sociedad con capacidad de impulsar, debe tener también la voluntad de impulsar. Y a veces eso no ocurre ante la extraordinaria desesperanza que atraviesa la columna vertebral de una sociedad, que además vive las sacudidas de la contaminación que la violencia viene perpetuando en amplios ámbitos de la misma, extendien-



do una pátina de recelo entre unos ciudadanos respecto de otros.

Los movimientos sociales por la paz en Euskadi han contribuido a:

-crear una nueva agenda política, basada en la deslegitimación de la violencia, cuando entre violencia y conflicto existían vasos comunicantes, en la defensa del diálogo, cuando éste estaba demonizado, en

poner en pista la transversalidad, cuando lo que primaban eran los frentes excluyentes. Hay que reconocerles por ello su papel de vanguardia.

-lo han hecho practicando un nuevo lenguaje, en tiempos en que el propio lenguaje levantaba recelos, y las palabras se convertían en una suerte de cárcel de las palabras, que nos encerraban en vez de aportarnos la capacidad de ser una puerta de salida a las soluciones.

-con nuevas estrategias que han convertido a la paraparlítica en un acompañante fundamental para el hallazgo de un camino resolutivo.

Así han sido fundamentales a su vez para:

- Visibilizar el diálogo.
- Ofrecer la esperanza de que una solución es posible.
- Romper el hielo del recelo y las fronteras entre unos y otros, generando confianza.
- Reforzar la pluralidad desde el punto de vista de que pluralidad no es sólo la presencia de los que somos distintos sino que cada uno de nosotros rompamos las

e un proceso de paz vasco

etiquetas por las que nos clasifican, siendo capaces de decir cosas distintas.

·Poner en valor el matiz cuando los escenarios son de blanco y negro.

·Poner en práctica la transversalidad.

Hoy defender estos principios y procedimientos es más importante que nunca, en un momento dramático y de retroceso.

Quiero defender desde estas líneas los dos asuntos que me parecen más importantes rescatar del pasado reciente y que fueron pilares básicos del proceso de paz. A su vez siguen siendo válidos a día de hoy, porque creo que aglutinan en torno a ellos a la inmensa mayoría de la sociedad vasca:

1. La Propuesta política de la izquierda abertzale en Anoeta.

2. El Acuerdo suscrito en el Congreso de los Diputados entre todos los partidos políticos excepto el PP, a favor de un camino dialogado ante el inequívoco abandono de las armas, por parte de ETA.

Porque ambas son incompatibles con la violencia. Ambas son incompatibles con la vía militar, terrorista.

La vía militar-terrorista, busca entre sus objetivos:

·Tratar de contaminarlo todo, buscando su legitimidad.

·Intentar cortocircuitar los acercamientos, los puentes, los puntos de encuentro.

·Expandir el daño de las bombas y de los atentados, tratando de hiperdimensionarlos.

·Anular los espacios para la política, anular incluso a su brazo político.

Se sirve de cualquier estrategia paramilitar, que ayuda a fortalecer la vía armada, y que puede llegar desde diversos puntos de origen. Son estrategias paramilitares las que no nos acercan a la paz, sino que legitiman la guerra. Son las que fortalecen la vía armada, porque debilitan a la política.

Así como debió existir un común denominador ético y político entre los partidos y agentes sociales para un escenario de tregua, debiera existir, hoy más que nunca, un común denominador ético y político para un escenario de ruptura de tregua y vuelta a las armas. El que no lo haya ni en un caso ni en otro, sólo fortalece a la estrategia armada.

Por ello, debe haber un antídoto por parte de una sociedad vigilante, organizada y exigente por contribuir a trazar ese camino compartido, vigilante para discernir qué acciones nos acercan o nos alejan de la paz, y útil para ayudar a clarificar ese común denominador político y social que aisle a la armas y minimice sus daños.

La política debe debilitar los tres frentes que hoy tiene la estrategia armada: la que proviene de las acciones de sus comandos, la que deviene de su frente de presos, rehenes de la organización armada y la que deviene de la coartada política que pretende legitimar la acción terrorista, bajo la existencia del denominado conflicto político.

Hay, por lo tanto, una tarea inmensa que hacer y una aportación generosa y desinteresada que desde los movimientos sociales podemos trabajar.

Éste puede ser un camino para la esperanza y el compromiso. Para avanzar por los derroteros de la ley, que ofrece garantías a la sociedad pero también de la moral que nos ampara como seres humanos.

Paz y Convivencia. Movimien

Itziar Aspuru, Gesto por la Paz

Entendemos que el papel principal de los movimientos sociales en nuestro ámbito es impulsar que la sociedad civil asuma su responsabilidad en el final de la violencia de ETA, en la minimización de sus consecuencias y en la recuperación de la convivencia.

Lo que nos preocupa especialmente en el momento actual es que la reacción ante la ruptura de la tregua por parte de ETA y la consiguiente vuelta a los atentados y a la violencia ha tenido una respuesta social que valoramos negativamente como escasa.

Las prioridades fundamentales para Gesto por la Paz hoy son las siguientes:

1. **La deslegitimación de la violencia** porque no ha existido, ni existe ninguna justificación para la utilización de la violencia terrorista. Creemos necesario insistir en que su persistencia es debida a la decisión voluntaria de unas personas para ejercerla y a la decisión voluntaria de otras de seguir justificando, contextualizando o explicándola.

2. **La separación entre el problema de la violencia y los conflictos políticos.** La deslegitimación de la violencia sólo se puede llevar a la práctica desde la separación clara entre violencia y política. Es un error intentar explicar, aunque sea parcialmente, la persistencia de la violencia por la situación política actual, y, desde esta perspectiva, intentar «hacer algo» para ver si de esa forma se «convence» a los terroristas para que abandonen las armas. La responsabilidad de la violencia es de ETA y de quienes les apoyan y la condición fundamental y básica para su final es la voluntad de ETA.

No negamos la necesidad de continuar afrontando los conflictos políticos y avanzando en el debate, aunque persista la violencia de ETA, pero habrá que reconocer que la violencia es la principal dificultad para hacer una política normalizada; habrá que dejar claro que el ejercicio democrático de la política requiere que se opte decididamente por el diálogo y se rechace la violencia, por lo que quien no sea capaz de desmarcarse de la violencia y de su justificación se autoexcluye de la posibilidad de influir en el debate y en la gestión política. Y creemos que la deslegitimación de la violencia tiene una derivada



más: mientras persista la violencia habrá que realizar mayores esfuerzos de consenso sobre las grandes cuestiones políticas.

3. **El reconocimiento y la memoria de las víctimas.** La sociedad en su conjunto debe asumir la realidad de las víctimas y debe responsabilizarse de que éstas perciban la solidaridad real y el acogimiento de la ciudadanía.

4. Las bases fundamentales y permanentes de nuestro trabajo, son la **defensa de los derechos de todas las personas** y la apuesta por **la Educación para la Paz**.

¿Es posible un gran acuerdo por la paz? Desde nuestro punto de vista, el objetivo de este acuerdo sería únicamente impulsar un planteamiento común ético-político, preparatista ante la realidad del terrorismo y de sus consecuencias.

Este acuerdo sería valioso si en él están representadas todas las sensibilidades que conforman nuestra sociedad plural y que rechazan la violencia. Porque: 1. Permite subrayar y que se reconozca que todas ellas son contrarias al terrorismo; 2. Para demostrar que este planteamiento está por encima de las legítimas diferencias políticas; 3. Se puede convertir en una referencia clara para la sociedad; 4. Que suponga una oposición o contraposición a la existencia, minoritaria socialmente, de una identidad vasca exclusivista y cerrada.

Hemos traído a estas Jornadas nuestro interés en que los movimientos sociales demos respuesta a la situación actual en la que no se reduce el apoyo social, la justificación, la explicación o la tolerancia con el terrorismo.

Entendemos que la reducción de este apoyo es clave, tanto para que acabe la violencia y ETA abandone, como para que sea posible una sociedad reconciliada en el futuro. Es evidente que es una de las claves para que llegue el

tos Sociales

final del terrorismo, aunque sabemos que también son posibles otros finales de la violencia basados en la negociación que no necesitarían la reducción de la base social de la violencia. Pero, si lo que buscamos es un futuro de convivencia y una sociedad reconciliada, la CLAVE para lograrlo es dar pasos hacia la superación de la distorsión ética, la intolerancia y la deshumanización que permite legitimar hoy y aquí el uso de la violencia contra personas de esta misma sociedad.

Pero, ¿cómo podemos impulsar o facilitar nuevas iniciativas de desmarque de la violencia?

·Llevamos años evitando alimentar la dinámica de los bandos y de los sufrimientos enfrentados que tanto sirve a quienes justifican a ETA. Hemos atendido y respondido, en la medida que lo hemos considerado necesario y dentro de lo que consideramos que es nuestro papel y nuestras posibilidades, a la situación de las personas detenidas y presas, y a acciones judiciales contra la libertad de expresión y de regulación de la participación política. Lo hemos hecho por razones éticas, no estratégicas, pero tenemos que reconocer que ha tenido escasos frutos en términos de lograr desmontar la dinámica de bandos y de enemigos. Lo seguiremos haciendo en la medida que persistan situaciones y planteamientos injustos en el área de los derechos humanos relacionada con nuestros objetivos y capacidades, porque afirmamos que no todo vale contra ETA. Nos parece importante acompañar estos posicionamientos contra vulneraciones de derechos humanos o democráticos con la denuncia de que se utilice el dolor y la protesta ante situaciones injustas para justificar o explicar la amenaza y el asesinato.

Y afirmamos con contundencia, además, que existe una barrera ética básica que incapacita para realizar ninguna aportación positiva a nuestra sociedad, a quienes no son capaces de desmarcarse de la violencia de alguna forma.

·Quizás sea el momento de que el rechazo mayoritario contra ETA tenga más presencia social y se exprese con mayor rotundidad; de que se rompan tabúes para

defender el derecho a la vida y ponerlo claramente a otro nivel respecto a otras reivindicaciones.

·Por supuesto, entendemos que el abandono del apoyo a la violencia es un proceso, puesto que muchos/as de nosotros/as lo hemos realizado, cada uno en su momento. Y ese proceso consiste en avanzar desde una justificación estratégica del abandono del uso de la violencia, hasta, ojalá, el reconocimiento de que no hubo ni hay disculpa ni justificación para tanto dolor. Respetamos ese proceso en la medida en que se va cuajando en una postura más activa de rechazo a ETA.

Pero nos preocupa que esos procesos personales tengan la posibilidad de estancarse en posturas poco útiles y más bien cómodas. El tipo de posicionamientos que pueden llevar a ese estancamiento incluirían planteamientos de este tipo:

·Se rechaza la violencia y a ETA, pero el acento fundamental se plantea en otros problemas. De hecho, se afirma que el problema mayor de esta sociedad no es ETA, sino la insatisfacción de reivindicaciones políticas.

·Se propone una solución poco concreta de diálogo y negociación sobre un problema que abarca tanto el conflicto político como el fin de la violencia, con mayor o menor diferenciación.

·Se lanza la responsabilidad a los políticos y a las instituciones, prácticamente en exclusividad, y no a ETA.

·Se contraponen el deseo social de que finalice la violencia al inmovilismo político.

El problema de estas posturas es que pueden no ser fases de un proceso de deslegitimación de la violencia, sino posiciones maduradas y establecidas. Esas posiciones no responsabilizan a la base social de la violencia, no lanzan el necesario mensaje de urgencia por promover un cambio y no contribuyen a crear un colchón social para comenzar el proceso de deslegitimación de ETA. Y acabo recordando que, además, esas posiciones hacen mucho daño a la mayoría de las víctimas.

Una alianza por la Paz y los Der

Paul Ríos, Lokarri

1. Introducción

Los movimientos sociales nos enfrentamos a una nueva realidad social, en la que han aumentado las dificultades para mantener la implicación por la paz. El mensaje no llega con la misma fuerza que hace 10 años y progresivamente se está perdiendo uno de los principales activos para lograr la paz: la movilización social.

2. La trayectoria de Lokarri

La trayectoria de Lokarri puede ser un ejemplo de esta realidad social a la que se enfrentan los movimientos sociales por la paz. Lokarri nació en marzo de 2006 fruto del proceso de transformación de Elkarri, un movimiento social con una larga y contrastada trayectoria de impulso social de la paz, el diálogo y el acuerdo como principios básicos que contribuyesen a superar la situación de violencia y conflicto político que la sociedad vasca venía arrastrando desde hace ya muchos años. Una de las principales razones que justificaron dicho proceso de transformación fue la necesidad de adaptar Elkarri a unos nuevos objetivos, una nueva situación política y una nueva realidad social.

En la trayectoria de Lokarri se pueden distinguir dos grandes momentos:

1. Durante el proceso de paz, su principal objetivo fue tratar de contribuir a que el proceso de paz fuese una realidad irreversible. Es obvio que este objetivo no se cumplió aunque tampoco estaba en manos de Lokarri la posibilidad de lograrlo únicamente con sus fuerzas y posibilidades. Lo que sí nos correspondía era crear una red de «seguridad» social que hiciese difícil la vuelta atrás. En este sentido, el objetivo tampoco se cumplió. Siendo un símil poco adecuado para una organización pacifista, cada movimiento social implicado en este trabajo hizo la guerra por su cuenta, sin apenas cooperar y sin proporcionar una referencia clara al conjunto de la ciudadanía. El resultado, al menos para Lokarri, fue una escasa presencia social y comunicativa y una aún menor capacidad de influencia en el curso de los acontecimientos.



2. Tras el fracaso del proceso de paz Lokarri fijó la meta en ofrecer una alternativa para el desbloqueo de la situación. En este caso centramos nuestras fuerzas en la reivindicación de la convocatoria de una consulta popular en la que la sociedad vasca tuviese la posibilidad democrática de fijar las bases para avanzar hacia la paz y la normalización. El resultado de esta empresa ha sido paradójico, puesto que se contribuyó a situar el debate sobre la consulta en el centro del

escenario político (tal y como es posible comprobar ahora) con una capacidad de movilización social sustancialmente menor a la de épocas anteriores.

Los expertos en economía siempre consideran un primer síntoma de una crisis el descenso de la confianza empresarial en el futuro. Posiblemente, el descenso en la capacidad movilizadora de las organizaciones sociales, Lokarri la primera de ellas, es un indicador de una crisis social de mayor calado, menos perceptible en los partidos políticos por su gran capacidad de presencia en los medios de comunicación. Esta crisis social no debe entenderse como algo negativo sino como una oportunidad para mejorar y no desaprovechar las oportunidades que ofrecen la participación y la movilización ciudadana por la paz. El problema radica en que una respuesta inadecuada a esta crisis puede conllevar un alejamiento social insalvable respecto a la problemática de la paz.

3. Contradicciones en la actuación de los movimientos sociales por la paz y los derechos humanos

Tres son las grandes contradicciones entre el discurso que mantienen los movimientos sociales pacifistas y su actuación diaria. Es conveniente destacarlas porque la sociedad percibe, aunque sea de manera indirecta, estas contradicciones, lo que resta credibilidad a las iniciativas y propuestas planteadas por las distintas organizaciones.

Derechos Humanos

a) Reivindicamos acuerdos y no los practicamos

Ésta es la gran contradicción en la que caen todos los movimientos sociales. Exigen que las fuerzas políticas lleguen a acuerdos que permitan una acción conjunta contra la violencia, a favor de los derechos humanos y de promoción de la convivencia cuando las propias organiza-

ciones encuentran muchas dificultades y obstáculos para ofrecer una referencia compartida ante las graves situaciones que se producen en nuestro país.

b) Estamos sustancialmente de acuerdo pero no lo reflejamos

Quizás es excesivamente aventurado afirmar que se está totalmente de acuerdo. Lo cierto es que cuando se rechaza o condena un atentado de ETA, las amenazas, un caso de tortura o la situación de los presos son parecidos los términos en los que cada organización se pronuncia. No hay que ocultar que existen matices a la hora de mostrar un posicionamiento ante las vulneraciones de derechos humanos pero la mayoría de la sociedad no entra en tanto detalle sino que se queda con los grandes mensajes y en éstos hay un alto grado de coincidencia. El problema es que este mismo mensaje lo transmiten a la vez numerosas organizaciones, cada una por su lado, con sus propias fuerzas, en una repetición que ha llegado a cansar a la propia sociedad.

c) Respondemos a las nuevas situaciones con recetas del pasado

En el campo de la paz y los derechos humanos se ofrece a la sociedad la misma manera de responder y participar que hace 20 años. Básicamente cada movimiento social promueve movilizaciones y campañas muy semejantes a las organizadas en el pasado. Hay poca innovación y se acrecentan las dificultades para hacer llegar los mensajes al conjunto de la ciudadanía. Falta algo nuevo e ilusionante.

4. Prioridades en la actuación de los movimientos sociales por la paz y los Derechos Humanos

a) Dar ejemplo

La manera más efectiva de reivindicar acuerdos entre las fuerzas políticas e instituciones es llegar a acuerdos entre las propias organizaciones sociales, lo que permitiría: 1) demostrar que no es imposible ponerse de acuerdo, 2) desbrozar y facilitar los contenidos para los acuerdos entre los partidos políticos y 3) ofrecer una referencia compartida a la sociedad.

b) Encontrar la fuerza de lo nuevo

Es necesario renovar la oferta de participación y movilización para recuperar el dinamismo social por la paz. Los movimientos sociales deben contribuir a que se mantengan

la ilusión y la esperanza social. Las propuestas nuevas, bien presentadas y dinamizadas, pueden tener la capacidad de remontar el vuelo en lo que a la implicación social se refiere.

c) Positivizar el mensaje

La sociedad vasca está posiblemente cansada de los discursos presentados en clave negativa. Este tipo de mensajes son necesarios cuando la sociedad percibe una situación de crisis pero pueden llegar a ser contraproducentes y cansinos. La sociedad quiere soluciones y propuestas constructivas que ayuden a superar los problemas. En este sentido, posiblemente ha llegado el momento de superar el mensaje «no a la violencia» y subrayar otro positivo como pueda ser «sí a la paz, a los derechos y a la dignidad humana» y acompañarlo de iniciativas que contribuyan a lograr este ideal.

d) Sumar voluntades por la paz y los Derechos Humanos

Estas prioridades confluyen en este objetivo de sumar voluntades sociales por la paz. No es una cuestión de meros números sino que parte del convencimiento de que la reciente oportunidad para alcanzar la paz vivida en el año 2006 fue fruto del trabajo sostenido por los movimientos pacifistas durante muchos años. Sin la implicación social no hubiese sido posible y si queremos que vuelva a ser una realidad en un plazo corto de tiempo no se puede prescindir del empuje social. Es necesario, por tanto, ser capaces de volver a sumar voluntades individuales y colectivas que permitan conquistar la paz y el respeto a todos los derechos humanos de todas las personas.

Un reto

Lo señalado hasta ahora es una serie de reflexiones que conducen a una misma pregunta: ¿por qué no trabajar conjuntamente para dar respuesta a estas prioridades? ¿Por qué no intentar alcanzar un acuerdo social por la paz y los Derechos Humanos? Sin apriorismos, sin ideas preconcebidas, sin complejos, con valentía y audacia, con voluntad de compartir, con el objetivo de reimpulsar la implicación ciudadana, por responsabilidad, los movimientos sociales pacifistas tenemos que intentar lograr un acuerdo que se traduzca en una alianza social por la paz y los Derechos Humanos.

Una propuesta concreta

La propuesta concreta que Lokarri quiere presentar en estas jornadas es la siguiente:

1. Lokarri se compromete a impulsar un proceso de definición de un gran acuerdo social por la paz y la convivencia.
2. Este proceso estará abierto a otras organizaciones que también trabajan con este objetivo en la sociedad vasca.
3. En octubre de este mismo año Lokarri dará cuenta de estas gestiones, informando del acuerdo alcanzado o bien de las causas que han impedido dicho acuerdo.

El punto de vista del moderador

Mariano Ferrer

No parecía el momento óptimo para que un cónclave de movimientos sociales se preguntara cuál es el papel de la sociedad y el suyo propio en la búsqueda de la paz. Dice Daniel Innerarity que nos ha tocado vivir en una sociedad postheroica y desheroizada, en la que encuentran cada vez menos eco los llamamientos épicos a la movilización y que se aglutina con más facilidad en torno a la indignación que a la esperanza. Apuntan otros que no nos hemos recuperado todavía de la frustración que ha supuesto el triste final del último proceso de paz. Sean ésas u otras las razones, la realidad es que el mensaje de los movimientos sociales no llega hoy a la sociedad con la fuerza de años atrás y pretender lo contrario sería un ejercicio de ilusionismo. Muy en su línea de convertir las crisis en oportunidades, Baketik decidió que un momento bajo de los movimientos sociales era precisamente la ocasión para reunirles a reflexionar sobre la posibilidad de un gran acuerdo social para la paz, cómo contribuir a él y cómo articularlo.

Un menú largo, demasiado para quienes se reunían en Arantzazu conscientes de que no iban a llegar al postre, mucho menos al brindis final. No obstante, que movimientos que se han esforzado todos estos años en la búsqueda y formulación de compromisos sociales por la paz se juntaran a reflexionar, ahora que su visibilidad se ha reducido, estaba más que justificado. Si la desmovilización social supone una pérdida en cualquier caso, todavía más en momentos críticos como el presente en el que parecemos abocados a una nueva y prolongada situación de bloqueo.

El encuentro ha servido en primer lugar para ajustar el diagnóstico sobre la situación de los movimientos sociales y valorar el peso que su trabajo ha dejado en la sociedad, su contribución para mover la agenda política, poner en circulación un nuevo lenguaje, proponer nuevas estrategias, consagrar la necesidad del diálogo, deslegitimar la violencia, romper barreras y mantener la esperanza en que la paz es tan necesaria como posible. También ha servido para analizar las causas de la desmovilización actual y calibrar las negativas consecuencias de la dispersión que debilita el impacto de las diferentes iniciativas



por la sospecha de clientelismo político. Todo ello, conscientes de que una respuesta inadecuada a estas horas bajas puede conllevar un peligroso alejamiento de la sociedad respecto de la necesaria búsqueda de un acuerdo amplio e integrador.

La premura del tiempo invitaba a no perderse en exhaustivos análisis teóricos sobre el pasado y a centrar el debate en lo que la situación actual pide.

En particular, fórmulas para hacer confluir las tres grandes líneas de trabajo que han desarrollado los movimientos sociales por la paz: la que se centra en el diálogo como procedimiento, la que pone el acento en los contenidos de un acuerdo político razonable y la que enfatiza el presupuesto moral del repudio de la violencia política de ETA.

La pretensión de ser prácticos más que teóricos, obligó a eludir la trampa de intentar un texto común que resolviera las diferencias de concepto en los diferentes planteamientos, para centrar el encuentro en mecanismos de interlocución que, partiendo de la convicción común de que el compromiso por la paz debe continuar y de que las diferencias no deben anular las coincidencias, ponga en valor lo mucho que todos los movimientos comparten a través de iniciativas que sumen voluntades y articulen sinergias que devuelvan la ilusión a la sociedad.

Al levantar la sesión quedaron sobre la mesa propuestas de trabajo en red, de búsqueda de fórmulas novedosas de participación, de renovación del discurso, de compromiso con la deslegitimación de la violencia, de revisión de dinámicas desgastadas. Apuntes nada más, pero también puntos de apoyo para una reflexión necesaria que los propios movimientos sociales podrán, si lo desean, continuar en el futuro.

Conclusiones de Baketik

En las últimas décadas, los movimientos sociales y la sociedad han jugado un papel destacado en la búsqueda de la paz y de la normalización de la convivencia. Sin embargo, durante los últimos años, el impacto de ese trabajo se ha visto reducido o invisibilizado. La voz crítica de la sociedad, prácticamente, ha desaparecido del escenario. Conviene diagnosticar sus causas, consecuencias y alternativas, así como valorar el papel que hoy y en el futuro pueden jugar los movimientos sociales y la propia sociedad.

El papel de la sociedad y de los movimientos sociales

Ayer como hoy, y en nuestro país o en cualquier otro en circunstancias parecidas, la sociedad y sus agentes juegan múltiples y valiosas funciones. Destacamos cuatro: (1) garantizar una convivencia democrática participada y participativa y no sólo representada o representativa; (2) ser parte activa de los procesos de transformación sociales y políticos de forma que no sólo se construyan por arriba; (3) ser voz crítica de las prioridades y urgencias sociales para influir en el juego político e institucional; y (4) denunciar, presionar, acelerar, urgir o facilitar el cambio de situaciones injustas.

Diagnóstico

·**Causas:** Asistimos a una considerable desmovilización de la sociedad por un hastío debido a las reiteradas frustraciones y porque el conflicto vasco, entendido como una mezcla de violencia y crispación política, se ha convertido

en un anacronismo incompatible con la vida cotidiana de los/as ciudadanos. En este contexto, los movimientos sociales han perdido masa crítica de apoyo y movilización, así como capacidad de motivar a la sociedad por falta de recursos creativos y eficaces. Además, política y mediáticamente, la lucha por la paz y la convivencia se ha proyectado en los últimos tiempos como una cuestión de exclusiva competencia de las élites institucionales y políticas.

·**Consecuencias.** Esta pérdida de influencia no ha contribuido positivamente a un mejor desarrollo de los acontecimientos. Al contrario, se ha perdido el efecto facilitador y acelerador de presión, empuje y apoyo social que requiere necesariamente un proceso de transformación para la paz y la convivencia. Se ha perdido también el clima de urgencia y prioridad social que, desde el punto de vista ético, requiere todo contexto de vulnerabilidad de los derechos humanos.

·**Alternativas.** En opinión de Baketik, es posible dar la vuelta a esta situación si se cumplen cuatro requisitos:

1. Ofrecer a la sociedad la referencia de un acuerdo, claro y sencillo, que aglutine los distintos esfuerzos sociales en una corriente decidida y comprometida con la urgencia de la paz.

2. Las bases de ese acuerdo tienen que ser sólidas y representativas de una ciudadanía europea y del siglo XXI, como la vasca. Esas bases podrían ser, al menos, las siguientes:

- La defensa de la dignidad humana, el derecho a la vida y los derechos fundamentales.
- La desvinculación de la consecución de la paz y de la resolución del conflicto político.
- El compromiso con el diálogo, el pluralismo y los principios democráticos.
- La apuesta por una educación social en derechos humanos y por la paz.
- La determinación de preparar y promover una convivencia reconciliada.
- La solidaridad con las víctimas y el compromiso con una memoria crítica del pasado
- La voluntad de impulsar la participación ciudadana en el logro de la paz y la convivencia.

3. Articular este acuerdo en torno a los principales movimientos sociales por la paz que hoy actúan en la sociedad vasca y extenderlo a la más variada gama de agentes ciudadanos.

4. Definir un proyecto de actuación derivado de ese acuerdo social con recursos creativos y activos que permitan a la sociedad participar y sentirse representada en los mismos.

Conclusión

En opinión de Baketik, sería muy importante que los movimientos sociales que trabajan por la paz, los derechos humanos y la convivencia iniciaran un proceso de diálogo. El objetivo claro y nítido de este proceso es alcanzar un acuerdo:

-que defina las bases coincidentes de todos ellos y un campo de actuación conjunta,

-y que sea compatible con la pluralidad que representan de modo que cada uno de ellos pueda seguir desarrollando su aportación singular.

Un acuerdo de estas características permitiría ofrecer una referencia clara, motivadora y esperanzadora a la sociedad, reactivaría el papel de la sociedad civil y contribuiría de manera decisiva a la causa de la paz, los derechos humanos, el pluralismo y la convivencia.

